





**SECRETOS
DE LA
HISTORIA** **2**

A



SECRETOS

DE LA

HISTORIA

2

Stéphane Bern

 *Editorial El Ateneo*

Bern, Stéphane

Secretos de la historia 2. - 1a ed. , 1a reimp. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2015.

320 p. ; 23x16 cm.

Traducido por: Silvia Kot

ISBN 978-950-02-0682-2

1. Historia Universal. I. Silvia Kot, trad. II. Título

CDD 909

Secretos de la historia 2

Stéphane Bern

Traductora: Silvia Kot

Título original: *Secrets d'histoire 2*

© Éditions Albin Michel, 2011

Diseño de interiores: María Isabel Barutti

Diseño de tapa: Raquel Cané

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina

© Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo, 2015

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires – Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneco.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición: septiembre de 2012

1ª reimpresión: abril de 2015

ISBN 978-950-02-0682-2

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,

Comandante Spurr 631, Avellaneda,

provincia de Buenos Aires,

en abril de 2015.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
¿FUE OBLIGADO EDUARDO VIII A ABDICAR?	13
NAPOLEÓN BONAPARTE: UN HEREDERO A CUALQUIER PRECIO.....	23
¿QUIÉN SE ESCONDE DETRÁS DE LA SONRISA DE <i>LA GIOCONDA</i> ?.....	31
¿FUE NICOLAS FOUQUET VÍCTIMA DE UN COMLOT?	39
EL CASO DE LOS VENENOS:	
¿UNA ASESINA SERIAL EN LA CAMA DEL REY SOL?.....	53
LA PALATINA: ¿UNA COMADRE EN LA CORTE DE LUIS XIV?.....	61
LA MONJA DE MORET: ¿LA ENIGMÁTICA HIJA NEGRA DE LUIS XIV?	69
HARRIET HOWARD: LA MUJER QUE SELLÓ EL DESTINO DE NAPOLEÓN III.....	75
¿RICARDO III FUE EL ASESINO DE SUS SOBRINOS?.....	83
¿FUE LA REINA VICTORIA UN MODELO DE VIRTUD?.....	97
¿POR QUÉ ASESINARON A ENRIQUE IV?.....	109
¿ANA DE AUSTRIA TRAICIONÓ A FRANCIA?	117
¿RENÉ DESCARTES FUE ENVENENADO?	123
FRANCISCO I: UN GRAN AFICIONADO A LAS MUJERES	131
EL COLLAR DE LA REINA:	
EL ESCÁNDALO QUE PERDIÓ A MARÍA ANTONIETA.....	143
¿EL ESCÁNDALO DEL ARMARIO DE HIERRO	
HIZO CAER LA CABEZA DE LUIS XVI?.....	151

MAXIMILIANO I: ¿POR QUÉ FUE SACRIFICADO POR NAPOLEÓN III?.....	157
¿QUIÉN FUE JACK EL DESTRIPIADOR?	169
¿QUIÉN FUE REALMENTE EL CONDE DRÁCULA?.....	177
KASPAR HAUSER: ¿NIÑO SALVAJE O HEREDERO MOLESTO?.....	185
¿QUIÉN ENVENENÓ A AGNÈS SOREL?.....	193
¿DIMITRI II FUE UN GENIAL IMPOSTOR?.....	201
LA MISTERIOSA DESAPARICIÓN DE SAINT-EXUPÉRY	211
EL EXTRAÑO DESTINO DE LADY HAMILTON	219
MADAME STEINHEIL: ¿CORTESANA O ASESINA?	227
LOS REYES MALDITOS: ¿MITO O REALIDAD?.....	235
¿FUE MANUEL GODOY EL AMANTE DE LA REINA MARÍA LUISA DE ESPAÑA?	245
TUTANKAMÓN: ¿FARAÓN MALDITO?.....	253
MARÍA CAROLINA, DUQUESA DE BERRY: LA REBELDE DE LOS BORBONES	265
¿QUÉ PASÓ CON SEBASTIÁN I DE PORTUGAL?.....	273
¿FUERON LOS BORGIA LA FAMILIA MÁS DECADENTE DE LA HISTORIA?.....	281
PEDRO BONAPARTE: LA OVEJA NEGRA QUE PRECIPITÓ LA CAÍDA DEL IMPERIO	293
¿POR QUÉ FUE TAN DISCUTIDA MARÍA TERESA DE AUSTRIA?.....	301
CLAUDE MONET: EL IMPRESIONISTA QUE AMABA A LAS MUJERES	309
AGRADECIMIENTOS	317

PRÓLOGO

Un ministro poderoso que cae antes del último escalón de su fulgurante ascenso, mujeres intrigantes que desean encaramar a sus amantes en el poder supremo, escándalos financieros que salpican a la clase dirigente, la compra suntuaria de un collar que agrava el déficit y apresura la Revolución, noticias sórdidas y crímenes indecentes que ensucian a altas personalidades públicas, rumores persistentes sobre el origen principesco de aventureros desconocidos... ¿Se repite la historia en un constante recomenzar? *Nihil novi sub sole*. Como está escrito en el Antiguo Testamento: “Lo que fue, eso será; lo que se hizo, eso se hará. Nada nuevo hay bajo el sol”. Es innegable que la historia, por ser humana, está marcada a menudo por el sello de la ambición, de la búsqueda del poder, y de las demás pasiones que devastan el corazón de los hombres, como el afán del lucro, los sueños de conquistas y de dominación de los que muchas veces fueron víctimas las mujeres...

Las virtudes afrodisíacas del poder parecen haberse descubierto hoy, pero ya bajo el imperio de César, el biógrafo Suetonio se mofaba de la apetencia sexual del *Imperator* y de sus innumerables amantes. Y cuando la prensa “del corazón” pretenda descubrir “hijos ilegítimos ocultos”, podría inspirarse releendo las crónicas de los historiógrafos del Gran Siglo que se regodeaban con las costumbres disolutas de los reyes franceses. La verdad es que después de Agnès Sorel, las amantes reales han

adquirido un lugar, un rango, que muchas veces les envidiaron hasta el punto de poner en peligro sus vidas. “Otros tiempos, otras costumbres”, se suele decir. Sin duda, los métodos cambiaron un poco, y ya no se practica tanto el envenenamiento para deshacerse de una persona molesta. De todos modos, a los pobres mortales nos siguen guiando las pasiones humanas descritas en la mitología griega, que alcanzan su paroxismo en un cóctel explosivo: poder, dinero y sexo. Esto puede arruinar más de una reputación en el tribunal de la Historia.

Todo esto, sumado a mi gusto por el misterio, los enigmas y el lado secreto de los hechos del pasado, me atrajo muy pronto hacia la pequeña historia de la Historia grande. ¿Para qué inventar ficciones contemporáneas forzosamente más endebles que las historias del pasado? Georges Duhamel decía, con razón: “La novela es la historia del presente, mientras que la historia es la novela del pasado”. Por eso, después del éxito del primer tomo de *Secretos de la Historia*, he decidido seguir revolviendo ese pasado para descubrir en él enigmas y misterios que parecen un eco casi irónico de algunos estrafalarios episodios de la actualidad, como los casos Dominique Strauss-Kahn, Bettencourt, Wildenstein...

También por creer en la importancia de la enseñanza de la Historia, me lancé con verdadero entusiasmo, junto con mi productor Jean-Louis Remilleux, a la maravillosa aventura del programa televisivo *Secrets d'Histoire*: una cita ya ineludible en France 2, que convoca a por lo menos tres millones y medio de fieles espectadores. Esta es una prueba, por si hiciera falta, del enorme interés por la historia presentada de manera didáctica, sin ninguna pose académica ni docta. Con la ayuda de nuestros más eminentes historiadores, intentamos elucidar los últimos enigmas que aún quedan en suspenso, sabiendo que la historia se encuentra, como la ciencia, en permanente cambio por el camino de la verdad: en este sentido, los estudios de ADN constituyen una auténtica revolución.

Más que el hecho de haber contribuido a abrir nuevos expedientes o a resolver enigmas, mi mayor orgullo reside en poder reseñar, a través de figuras emblemáticas, una época, sacar a la luz los secretos de la intimidad de los palacios, y sobre todo, popularizar ese valioso material que es la historia. Ya lo dije en mi libro anterior: más que nunca, es importante conocer la propia historia y la del país en el que uno vive. Estoy convencido de que la ceguera sobre nuestra historia nos lleva a repetirla sin cesar, con su carga de dramas y sus páginas oscuras.

Me gustaría convencer a las generaciones jóvenes de que esta materia constituye la base de una nación, un tesoro y un patrimonio comunes que nos confiere, cualquiera sea nuestro origen, un sentido de pertenencia a un mismo pueblo. Recordemos que la historia, la lengua y la cultura son maravillosos vectores de integración.

Una vez más, este libro no es solo un viaje al pasado, en el que las semejanzas con hechos reales de la actualidad podrían ser fortuitas, sino también una invitación a encontrar personajes excepcionales que han sabido dejar su marca en la historia o estuvieron involucrados en acontecimientos cargados de importantes consecuencias. Los lectores volverán a encontrarse con cortesanas, aventureros, perversos, reyes misteriosamente asesinados, grandes ambiciosos y toda una abigarrada galería de personajes que no dejan de sorprendernos y de intrigarnos.

STÉPHANE BERN



¿FUE OBLIGADO EDUARDO VIII A ABDICAR?

El 10 de diciembre de 1936, Eduardo VIII, rey del Reino Unido y emperador de la India, abdicó. Oficialmente, esto se debió a su deseo de casarse con la mujer que amaba, Wallis Simpson, una plebeya norteamericana dos veces divorciada. El Parlamento y la Iglesia anglicana le negaban esa prerrogativa. Pero ¿fue esta la única razón? Su trono era prestigioso: ¿no decían acaso que el sol nunca se ponía en el Imperio británico? El glorioso reinado de Victoria, la bonhomía de Eduardo VII y las decisiones prudentes de Jorge V durante la Primera Guerra Mundial suscitaron un sentimiento de fidelidad absoluta a la monarquía. Los Windsor, descendientes en línea directa de Guillermo el Conquistador, parecían instalados para siempre. Por eso, cuando el pueblo se enteró de que su rey abdicaba, supo que se acababa de dar vuelta una página de su historia, y que la monarquía podía estar en peligro. Sin embargo, esta decisión puso fin a una crisis constitucional sin precedentes –de la que Winston Churchill fue una víctima colateral– y produjo alivio en una opinión pública muy dividida. Pero ¿eran sinceros los motivos invocados por Eduardo VIII en su carta de abdicación?

Edward Albert Christian George Andrew Patrick David nació el 23 de junio de 1894 y era bisnieto de la reina Victoria. Su padre, Jorge V, había conseguido agrupar a su alrededor a todas las fuerzas del régimen durante la Primera Guerra Mundial, adquiriendo así una enorme

popularidad. Pero en el plano familiar, era un hombre frío y rígido, que les impuso a sus hijos una educación sin afecto, estrictamente dedicada al servicio de la Corona. Eduardo, el mayor, educado por niñeras y preceptores, tuvo muy poca relación con sus padres. Sin embargo, era un niño brillante y encantador. Al morir su abuelo, Eduardo VII, en 1910, fue investido como príncipe de Gales, en una ceremonia oficial, una celebración sin precedentes en el principado. Como lo había hecho su padre, Eduardo mostró un comportamiento ejemplar durante la guerra. Pero, por prudencia, el gobierno no le permitió actuar en primera línea. Entonces Eduardo se involucró plenamente en el apoyo a las tropas, que permanecieron leales a él. También fue apreciado por su compromiso social, ya que visitaba los barrios pobres y respaldaba a los mineros en huelga. Él hizo que la monarquía estableciera un vínculo directo con un proletariado a menudo olvidado.

Cuando terminó la guerra, Eduardo fue alejado de Londres, oficialmente como embajador de su padre para mantener los vínculos de la monarquía con los pueblos del Imperio. Cumplió su función con éxito gracias a su encanto natural. Sin embargo, aunque era habitual que el príncipe de Gales visitara el Imperio, todo hace pensar que el deber de su cargo no era la única razón del oportunamente organizado alejamiento de Eduardo: había que hacer olvidar algunas habladurías que perjudicaban su reputación de heredero al trono. En efecto, aunque Eduardo había sido discreto en cuanto a sus amistades “peculiares” de Cambridge, su relación amorosa con su primo Louis Mountbatten, seis años menor que él, no dejaba demasiadas dudas sobre sus costumbres. A pedido de Eduardo, Louis lo acompañó en calidad de edecán en su primer viaje. Pero en 1922, lord Mountbatten se casó. Entonces Eduardo inició una nueva y tierna amistad con el encargado de las actividades ecuestres de la corte, Edward Metcalfe. Esta relación, comprobada, salió a la luz después de la muerte de Eduardo, en 1972, cuando se publicaron

las cartas encontradas en forma accidental en la cartera robada durante un viaje oficial a Nueva York realizado en 1924. Bisexual y dandi, Eduardo tuvo muchas amantes femeninas, que tampoco fueron aprobadas por sus padres, porque todas eran plebeyas y casadas... Este verdadero príncipe encantado, que seguía soltero, era en aquellos años veinte, el más codiciado partido real y suscitaba toda clase de codicias.

A pesar de su larga ausencia y sus discretos éxitos, las relaciones de Eduardo con sus padres seguían siendo conflictivas. Sus extravagancias irritaban a Jorge V, que secretamente esperaba verlo renunciar al trono. “No podrá mantenerse más de doce meses en el trono”, habría profetizado. ¿A qué se debía esa desconfianza? El soberano y el ex secretario privado del príncipe estaban de acuerdo en un punto: aunque ya hacía mucho tiempo que Eduardo había salido de la adolescencia, era inmaduro, frívolo y parecía poco dispuesto a asumir sus responsabilidades. La nueva relación que comenzó en 1931 con una mujer estadounidense casada, y ya anteriormente divorciada, provocó pánico tanto en Buckingham como en 10 Downing Street. El rey y la reina se negaron a recibir a Wallis Simpson. Stanley Baldwin, el primer ministro, mandó vigilar a la pareja. Los servicios secretos presentaron un informe alarmante: se hablaba de una relación sadomasoquista de la pareja y la total sumisión de Eduardo. Pero se sabía que las aventuras de los príncipes de Gales no duraban más allá del tiempo de espera, muy monárquica, de la muerte del padre. De modo que solo se trataba de tener paciencia: la educación y la unción de la coronación prevalecerían sobre sus torpezas. Nadie dudaba de ello, ya que hacía mil años todos los hombres y mujeres destinados a reinar habían respondido al llamado, y todos ellos habían cumplido con honor el cargo para el cual los habían preparado. Es cierto que el primer ministro estaba preocupado por el carácter disoluto del príncipe, pero el rey gozaba de una salud excelente. De modo que no había motivos para inquietarse. Sobre todo porque la

actualidad no le daba respiro a Baldwin. Frente a la nueva situación europea, con la llegada de Hitler al poder en Alemania, su autoridad era desafiada por los ataques de Churchill contra su política de defensa. Churchill, indignado por la actitud demasiado blanda del Parlamento frente a los nazis, inició un debate parlamentario con el objetivo de destituir al primer ministro y reorientar el presupuesto del Estado hacia un rearme masivo. Cada vez más apoyado por el grupo conservador en el Parlamento, Churchill también contaba con un vuelco de la opinión pública en favor de sus posiciones. Baldwin apreciaba a Churchill en su justo valor y temía a ese adversario tan peligroso, que era capaz de deponerlo y tal vez de tomar su lugar.

Pero una noticia dramática trastocó la situación. El 20 de enero de 1936, murió el rey Jorge. La muerte de un soberano suscita a veces, junto con la pena, nuevas esperanzas. Todos querían olvidar la Gran Guerra y soñar con un mundo pacífico, moderno y social. Y Eduardo encarnaba esa aspiración. En el Parlamento, se estableció una tregua natural, que fue respetada, y los diputados, en consonancia con el pueblo al que representaban, lloraron a su rey: todos esperaban que el nuevo reinado correspondiera a una era de paz y prosperidad para la nación. ¿Sabría responder Eduardo a esa expectativa? Aunque el pueblo, que no conocía la verdadera personalidad del nuevo soberano, lo creía, algunos políticos mejor informados dudaban seriamente de sus intenciones. Su educación privilegiada parecía haber desarrollado en él un sentimiento de superioridad teñido de orgullo. Se sentía muy cómodo con el mito de una Inglaterra imperial y civilizadora, y parecía convencido de la supremacía de la raza blanca: a veces usaba expresiones peligrosamente racistas, que disminuían mucho su credibilidad. Desde los primeros días de su reinado, se tomó algunas libertades con los buenos modales y con el equilibrio constitucional de los poderes. Liberado de la autoridad paterna, quería desbrozar la vieja monarquía. En una actitud algo infantil,

empezó por rechazar la costumbre de hacer grabar su perfil, opuesto al de su predecesor en las monedas, pues deseaba en forma imperativa que apareciera la raya de su cabello... Eduardo perturbaba, para el placer de muchos, y en primer lugar de los comunistas, a la muy vieja aristocracia, a la que identificaba con el reinado anticuado de su padre. Pero lo que más preocupaba y molestaba al gobierno era su intromisión en el ámbito político. Todos esos funcionarios monárquicos, apegados al equilibrio de los poderes entre un monarca que reinaba y un primer ministro que gobernaba, veían con muy malos ojos algunas posiciones del rey que ponían en tela de juicio la política del gobierno. Su relación con Wallis era otro motivo de preocupación para Baldwin: este se enteró con estupor de que Eduardo la había invitado a escuchar desde su ventana al heraldo que gritó la proclamación tradicional del nuevo reinado. En contraposición con los defensores de la causa romántica, lo que llenaba de inquietud al gobierno no era su relación amorosa, que por otra parte los súbditos no conocían, ni la eventualidad de un casamiento del rey con esa plebeya, sino los contactos de esta con personalidades de Alemania probablemente vinculadas con nazis.

Lamentablemente, se encontraba cada vez con mayor frecuencia esa clase de simpatía hacia los nazis en ciertas esferas de la alta aristocracia británica, en las que se solía elogiar a Hitler con la excusa de que había que luchar contra el comunismo. En un tiempo, algunos responsables del gobierno incluso llegaron a sospechar que Eduardo tenía inclinaciones nacionalsocialistas. Pero lo que más preocupaba era su apego a Wallis y su inconsecuencia pueril. Según la tradición constitucional británica, el gobierno debía comunicarle al soberano todas sus decisiones, hasta las más secretas. Sin embargo, alertados por los servicios secretos, algunos ministros evitaban transmitirle al rey las informaciones más sensibles, por temor a una fuga, e incluso a una traición. Protegido por el prestigio de la monarquía y su popularidad, Eduardo era un

problema espinoso para Baldwin, que no quería desestabilizar en ningún caso a la institución monárquica. En medio de las dificultades interiores, pero sobre todo exteriores desde la llegada de Hitler al poder, conocía la importancia del rey para unir al pueblo contra esa nueva amenaza que era la peste parda. Desgarrado entre laboristas pacíficos y un Churchill que tenía cada vez más apoyo en la opinión pública, el primer ministro temía que el comportamiento de Eduardo agregara a la amenaza exterior, la división interna. ¿Qué hacer? La situación era delicada. Baldwin no podía divulgar ciertas informaciones consideradas secretas sin poner en riesgo la paz civil y la monarquía.

Un atentado providencial que se produjo en julio de 1936, en Constitution Hill, estuvo a punto de resolver el problema de manera dramática y definitiva. Según rumores que no han sido confirmados hasta el día de hoy, ese crimen de lesa majestad, atribuido a un débil mental, habría sido obra del MI5, el servicio secreto británico. ¿Por qué razón el MI5 habría ordenado el asesinato del rey? Evidentemente, no para impedirle casarse con su plebeya, ya que Wallis aún estaba casada y ni siquiera había iniciado los trámites del divorcio. De confirmarse, la participación del MI5 en un atentado contra Eduardo VIII demostraría que, mucho antes de que estallara el escándalo de su relación con Wallis, algunos miembros del *establishment* dudaban ya seriamente de su aptitud para reinar. ¿Baldwin formó parte del complot? En todo caso, supo utilizar oportunamente el impacto que produciría para imponerle a Eduardo sus decisiones y forzarlo a abdicar...

Visto desde este ángulo, el casamiento parecía una causa bastante secundaria, pero resultó muy oportuno para Baldwin. En agosto, cuando ya nadie recordaba el atentado, Eduardo, contrariando la costumbre, decidió partir en un crucero por el Mediterráneo con Wallis, abandonando Balmoral y a sus súbditos escoceses, que se sintieron afectados por esta infidelidad real. La prensa británica difundió la versión oficial

del Palacio, según la cual el rey, demasiado dolido por el fallecimiento de su padre, estaba postrado en Londres. Pero empezaron a circular las informaciones, pues muchos expatriados británicos recibían noticias de la prensa estadounidense y europea, que relataban detalladamente las actividades de la pareja. Este secreto romántico fue considerado peligroso por los allegados al rey: la situación conyugal de Wallis era una bomba de tiempo. Intimaron al rey a aclarar sus intenciones para acallar las murmuraciones. Él no siguió ese consejo y el escándalo estalló en octubre, cuando Wallis pidió el divorcio. Los rumores, quizá propagados por el Palacio, anunciaban ya la futura boda del rey con la norteamericana, que pronto estaría dos veces divorciada.

El primero en reaccionar fue su consejero, Hardinge, quien le advirtió a Eduardo, sin ambages sobre lo insensato de su decisión. Para terminar con la hipocresía oficial, el 16 de noviembre de 1936, Eduardo convocó a Baldwin a Buckingham. Le anunció su intención de casarse con Wallis Simpson. El primer ministro le respondió que ni su pueblo, ni su gobierno, ni la Iglesia anglicana, del que él era jefe, podían aceptar esa unión. La información, ahora oficial, provocó reacciones en cadena en todo el Imperio. Los primeros ministros de todo el dominio británico hicieron saber que no darían su acuerdo para ese matrimonio. La Iglesia anglicana aclaró que Enrique VIII nunca se había divorciado, sino que sus matrimonios se habían anulado. Invocando la moral cristiana y la inmensa sabiduría del rey, le pidió insistentemente que eligiera entre su placer y su deber sagrado, y no dejó de recordarle que su reinado sería santificado, en su inminente coronación. En el Parlamento, Baldwin tenía el apoyo de la mayoría de los diputados, y Churchill debió remar contra la corriente. Él defendía a su soberano y predicaba la paciencia. También se oponía a ese matrimonio, pero le reprochaba a Baldwin su excesiva precipitación en querer hacer abdicar al rey. Esta vez, Churchill fue rechazado por sus pares. Este realista convencido también era un romántico

que no dudaba en traspasar todos los límites. En el punto más alto de la crisis, durante un debate sobre el tema del rey, Churchill, un poco achispado, injurió al primer ministro. El *speaker* de la Cámara de los Comunes lo llamó al orden, y sus colegas diputados lo abuchearon. A partir de ese momento, Baldwin impuso su voluntad y Churchill, que un mes antes tenía la esperanza de sucederlo, sufrió una profunda depresión. Su carrera política parecía comprometida. Su caída en desgracia fue, sin duda, la consecuencia más penosa de ese sórdido asunto.

Sin embargo, contra las expectativas, Eduardo no tenía el menor deseo de abdicar. Lo habían educado para ser rey, y se creía investido de una misión divina. Intentó escapar a la intransigencia institucional de Baldwin proponiendo hablar por radio para explicarse frente a su pueblo. Mediante ese impacto mediático y demagógico, esperaba imponerle al gobierno su punto de vista. Pero Baldwin se negó, por atentar contra la Constitución, a abrirle la radio al soberano. Eduardo propuso entonces unirse a Wallis en un matrimonio morganático. De ese modo, ella no sería coronada reina y sus hijos no podrían ser pretendientes al trono. ¿Sabía ya Eduardo que como consecuencia de su relación con Ciano, el futuro yerno de Mussolini, y de un aborto delicado, su prometida se había vuelto estéril (teoría formalmente impugnada por Edda Ciano, la hija del Duce)? El gobierno rechazó esta opción. Decidido a no ceder en nada, Baldwin le dio solo dos alternativas a Eduardo: la abdicación o la ruptura clara y definitiva con Wallis.

Este psicodrama real fue terriblemente destabilizador para el Imperio, y era urgente resolver ese asunto lo antes posible. Entonces el primer ministro anunció que si Eduardo se casaba con Wallis sin abdicar, él renunciaría, y dejó en claro que el jefe de la oposición también abandonaría su puesto. El cerco se cerraba. Los últimos defensores del rey decidieron apelar, sin su consentimiento, a una última estrategia. A principios de diciembre de 1936, el secretario personal de Eduardo se reunió

con Wallis en Francia, donde ella se había refugiado, y logró convencerla de renunciar a ese matrimonio. Consciente de lo que estaba en juego, y para demostrar la sinceridad de sus sentimientos, ella incluso cortó toda comunicación con Eduardo. Al ver que ahora se ejercía presión sobre Wallis, Eduardo prefirió capitular. El 10 de diciembre, convocó a sus hermanos y les comunicó su decisión: abdicaría. Alberto, el segundo hermano y heredero de la Corona, aunque reticente, aceptó la sucesión. Más tarde escribiría, en su diario íntimo, que al relatarle la escena a su madre, la reina María, rompió a llorar.

Después de Juana Grey y Eduardo V, Eduardo VIII fue el tercer soberano que reinó sin haber sido coronado. Por primera vez abdicaba un rey de Inglaterra. La firmeza de Baldwin, que incluyó mucha humanidad y diplomacia, permitió evitar lo peor. El debate se desarrolló dentro del marco democrático y, con mucha prudencia, los ingleses de uno u otro bando siguieron ese camino, plebiscitando a su primer ministro. Este autorizó finalmente a Eduardo a dirigir un mensaje radial a su pueblo. En su alocución, explicó con gran dignidad que no se sentía capaz de asumir su cargo sin la presencia de la mujer amada, y recomendó a su hermano. Eduardo fue nombrado duque de Windsor. Sus inclinaciones sexuales siguieron alimentando las habladurías mundanas.

Pero las sospechas que despertó su visita a Hitler en 1937, y sus supuestas relaciones con la Alemania nazi, rompieron en forma definitiva el vínculo privilegiado que lo unía a su pueblo. ¿Podemos imaginar, sin embargo, a Winston Churchill que, por convicción profunda, combatió sin cuartel al nazismo, defendiendo a un hombre sospechado de simpatizar con esas ideas? Quizá tuviera la íntima convicción de que Eduardo, un hombre inmaduro, influenciado y profundamente egocéntrico, habría tenido una posición diferente de no haber sido por Wallis. Como un homenaje a su padre, y sin duda para marcar una ruptura con el anterior reinado, Alberto decidió hacerse coronar con el nombre de Jorge VI.

Para reconfortar a los partidarios de su hermano, predicó una política de reconciliación. Además, le envió de inmediato una carta a Winston Churchill para agradecerle su constante fidelidad. Esa misiva le devolvió el optimismo al importante político y le permitió regresar al primer plano de la escena parlamentaria. Siempre legitimista, le ofreció un apoyo indefectible a su nuevo rey.

Jorge VI cumplió su tarea con honor y, junto con su esposa y sus hijos, representó la resistencia del pueblo británico frente a la barbarie nazi. Pero el breve reinado de su hermano Eduardo había dejado al descubierto toda la paradoja de la monarquía británica. Esta era un pilar fundamental del Estado para el equilibrio democrático de los poderes, pero también dependía totalmente del poder parlamentario. Se reforzó su papel emblemático, pero se redujo su papel político. Jorge VI y su hija Isabel supieron encarnar ese cambio y preservar de las contingencias a una institución que festejará sus mil años el 14 de octubre de 2066.